

La permanencia del sacrificio de la Eucaristía

La eucaristía es uno de los misterios más insondables de la divina providencia y una de las manifestaciones más entrañables del amor de Dios a los hombres. Lo que Cristo instituyó en la cena es un sacramento, portador de su cuerpo hecho manjar y vida divina para nosotros. Y un sacrificio que se ofrece al Padre, como hostia pura de alabanza, de gratitud y de propiciación. Entrega sacramental a los hombres y entrega sacrificial a Dios, realizadas las dos con el amor infinito que sólo el Verbo hecho carne podía tener¹.

Estas dos notas que acabamos de señalar son inseparables en el misterio eucarístico. Y es importante tener esto en cuenta ya desde el principio, porque, si bien vamos a hablar de él en su contenido sacrificial, necesariamente tendremos que hacer frecuentes alusiones al sacramental. Los dos aspectos son inseparables cuando el misterio se realiza, porque en virtud de unas mismas palabras, pronunciadas, además, en un único acto, se convierten el pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor, hechos manjar y bebida para nosotros. Y en su cuerpo y en su sangre, hechos hostia pura y agradable que se ofrece a Dios. Inseparables también cuando el misterio se usa, porque al comulgar,

¹ El sacramento y el sacrificio tienen mucho de común. Los dos son instituciones sagradas que tienen características de signo y llevan encerrado un contenido sobrenatural. Se diferencian por razón del origen y por razón del destino. El sacramento viene de arriba y se destina al bien del hombre. El sacrificio se ofrece aquí y se destina a Dios. La eucaristía es las dos cosas, y de las dos se hablará a lo largo de este artículo, aunque la insistencia principal será sobre su carácter sacrificial. Sin embargo, conviene que ya desde el principio estemos advertidos de esta duplicidad de características y de valores.

o cuando se toma el sacramento, no se participa sólo en un banquete; se participa en un banquete *litúrgico*, tomando así parte el comulgante en el acto más perfecto de la virtud moral de la religión, como indicaba San Pablo en la primera carta a los corintios².

Vamos a hablar de la eucaristía como sacrificio. Y cuanto de ella diremos será para luego referirlo a su *permanencia*, porque el tema del que vamos a hablar es precisamente este: *La eucaristía, sacrificio permanente*. Hablar del sacrificio permanente es hablar del sagrario. Es sabido que el sacrificio se realiza en el acto de la consagración y se complementa con el de la comunión³. Por ser actos, los dos son seres transitivos; realidades fugaces que pasan. Pero luego, en el reservado del sagrario o de la custodia sigue la eucaristía siendo sacrificio, porque sigue el Señor siendo hostia que se ofrece al Padre por nosotros y manjar del pueblo de Dios con el que el propio pueblo se hará sagrado o se sacrificará, convirtiéndose a sí mismo también en sacrificio. Viniendo con ello a resultar que el sagrario es el depositario permanente del Señor y de la Iglesia; del sacrificio eclesial. Este es el resumen de toda la exposición que vamos a hacer.

EL SACRIFICIO

La eucaristía es el sacrificio de la Nueva Alianza. Esta afirmación, que venía siendo tradicional, planteó a los Padres tridentinos el problema de concordarla con la doctrina de San Pablo cuando enseña que Cristo se ofreció una sola vez; y que su sacrificio, a diferencia de los que se ofrecían en el Antiguo Testamento, fue eficaz y no hubo necesidad de repetirlo⁴.

² 1 Corintios, 10,17 ss. En este pasaje de la carta a los corintios se advierten una serie de consagraciones hechas en cadena, que terminan en la consagración del comensal. Este queda sellado con la sacralidad del numen, convirtiéndose él también en consagrado o sacrificado, con una sacrificación negativa, como la de los paganos; o positiva como la del cristiano.

³ Cf. *Suma teológica*, 82, 4. Como quiera que el sacrificio es un signo, será necesario no prescindir del significado. Lo que el sacrificio litúrgico significa es la sacrificación de quien lo hace y lo ofrece. Esta tiene su realización cabal en la comunión, por la que quien comulga se hace participante de la sacralidad de la víctima principal. Por eso, el sacerdote ha de comulgar en la misa que ofrece. Y por la misma razón los fieles deberían comulgar en las misas que participan.

⁴ Cf. Hebreos, 9,25 ss; 10,11 ss.

Las afirmaciones paulinas sobre la unicidad y eficacia del sacrificio redentor quedan en pie, aunque se afirme que es verdadero el que se ofrece en el altar; porque, como expresamente determina el Apóstol, la unicidad a la que alude se refiere al sacrificio cruento que terminó en la muerte, y éste no se repite en la eucaristía, que es incruenta. La teología, además, venía distinguiendo ya las dos etapas de la redención: la primera, que fue *hacerla*; y la segunda, que es *aplicarla*⁵. El sacrificio cruento del calvario la hizo, y fue eficaz para ello; de ahí que no fuera necesario repetirlo. El del altar no la hace. Se instituyó como un medio, y no el único, aunque sí el mejor, con que cuenta la Iglesia para aplicarla⁶.

Las enseñanzas de San Pablo no eran, pues, obstáculo mayor para profesar el carácter sacrificial del misterio de nuestros altares. Y, en consecuencia, el Concilio de Trento canonizó lo que ya la Iglesia, apoyada en sólidos fundamentos, venía profesando: qué es sacrificio verdadero y propio⁷; con valor de latría o adoración, de eucaristía o acción de gracias y de propiciación por los pecados⁸; sin que esto irrogue perjuicio ni suponga ineficacia en el sacrificio de la cruz⁹.

El Concilio encontró sólidos fundamentos para sus definiciones en el común sentir y en la tradicional enseñanza de la Iglesia. Sentir y doctrina que a su vez se basaban en los textos paulinos de la primera carta a los corintios y de la carta a los hebreos; y en las palabras del Señor, recogidas en el Evangelio de

⁵ "Nuestro Dios y Señor, que se iba a ofrecer una sola vez a Dios Padre en el ara de la cruz hasta la muerte *para hacer la redención...* quiso dejar a su esposa la Iglesia la noche en que iba a ser entregado un sacrificio visible... para que *se aplicara* la virtud del sacrificio primero, en remisión de los pecados que diariamente se cometen" (Sesión 22, cap. I. DENZ. 938). En la Suma expresa SANTO TOMÁS la misma idea con estas palabras: "Los efectos que la pasión *hizo en el mundo* los hace este sacramento *en el hombre*" (*Suma teológica*, III, 79,1).

⁶ Son varios los medios a través de los cuales la gracia redentora llega a los hombres: los sacramentos, las buenas obras, la oración. El sacrificio se cuenta entre ellos.

⁷ "Sea anatema quien diga que en la misa no se ofrece a Dios un sacrificio *verdadero y propio*, o que ofrecerlo no es otra cosa más que comulgarlo" (Sesión 22, canon 1. DENZ. 948).

⁸ "Sea anatema quien diga que el sacrificio de la misa es sólo de alabanza y de acción de gracias, o una conmemoración desnuda del sacrificio hecho en la cruz, y no un sacrificio propiciatorio" (Ib. canon 3. DENZ. 950).

⁹ "Sea anatema quien diga que el sacrificio de la misa hace injuria al sacratísimo sacrificio de la cruz o que lo anula" (Ib. canon 4. DENZ. 951).

San Lucas cuando habla de la institución, y en el de San Juan cuando nos relata el sermón de la promesa pronunciado en la sinagoga de Cafarnaún.

En la exposición tridentina aparece la figura de Melquisedech¹⁰, que era sacerdote del altísimo y ofreció a Abraham pan y vino cuando venía cansado de pelcar contra los reyes¹¹. Cristo es sacerdote, según el orden de Melquisedech. Lo dice el salmo 109, que el propio San Pablo afirma ser mesiánico aplicándolo al Señor¹². Es el mismo Apóstol quien desentraña el contenido sacerdotal del patriarca, que es el tipo, y lo aplica luego a Cristo. Resulta que Melquisedech es un rey de paz y un rey de justicia, que es lo que significan su nombre y el de Salém, de donde era rey. Aparece por primera vez en escena sin que el libro sagrado, procediendo contra costumbre, no diga nada de su origen ni de su descendencia. En todo esto hay misterio, y Pablo lo aplica al Señor, que es sacerdote de paz, sacerdote de justicia y sacerdote eterno; simbolizada la eternidad en la aparición del patriarca sin mención de su origen ni de su descendencia, como si no tuviera principio ni fin. Las semejanzas no terminan aquí. Hay algo más, que no quiere el Apóstol exponer a los hebreos porque no los encuentra dispuestos a entenderle¹³. Falta el detalle del pan y del vino, que el sacerdote tipo ofreció a Abraham. En cambio, cuando escribe a los corintios, diciéndoles que les habla porque están en disposición de entenderle, hace referencia explícita al vino y al pan, que son su cuerpo y su sangre, no sólo como manjar que alimenta y da vida espiritual, sino también como materia de sacrificio, contrapuesto al manjar sacrificado por los gentiles a los ídolos y al cordero pascual de los judíos¹⁴.

A esta misma afirmación del carácter sacrificial del cuerpo y de la sangre del Señor se llega reflexionando sobre los textos evangélicos de la institución y de la promesa. El texto de la institución que leemos en San Lucas, similar al utilizado por San Pablo, su maestro, en la primera carta a los corintios¹⁵, habla de un pan que se ha hecho cuerpo del Señor y que se entrega, con una entrega de presente. Esta entrega de presente no es sólo

¹⁰ Sesión 22, cap. 1, DENZ, 938.

¹¹ Génesis, 14,8 ss.

¹² Hebreos, 7,1 ss.

¹³ Id. 5,11.

¹⁴ 1 Corintios, 10,14 ss.

¹⁵ LUCAS, 22,19-20; 1 Corintios, 11,24-25.

sacramental o de manjar que nos alimenta espiritualmente. Es además entrega que se hace para la remisión de los pecados; y ésta ya no es sólo a los comensales, sino también a quien deberá remitirlos, que es el Padre. La primera entrega hace de la eucaristía un sacramento; la segunda hace de ella un sacrificio. Carácter sacrificial que aparece en otro detalle de la institución: el cáliz que da a beber dice que es el cáliz de la Nueva Alianza. No hay alianza sino entre dos. Los dos, entre quienes se interpone nuestro mediador, que es Cristo, somos todos los hombres y Dios. Los hombres, a quienes se entrega la sangre como bebida vivificadora y como sacramento; y Dios, a quien se entrega como hostia agradable y pura para que le vuelva propicio con nosotros.

Esta referencia de la eucaristía al Padre y este carácter sacrificial, por lo tanto, aparece en el texto del sermón de la promesa que pronunció el Señor en la sinagoga de Cafarnaúm. Insiste mucho en el carácter sacramental del misterio de su presencia eucarística, recalcando que su cuerpo es comida y que su sangre es bebida. Y, enmarcadas en un contexto totalmente eucarístico, añade estas palabras: "Como me envió el Padre vivo y yo *vivo por el Padre*, así quien me come a mí vivirá por mí"¹⁶. No somos, pues, nosotros solos los destinatarios de lo que hay en el altar; también es el Padre. No es sólo sacramento; es también sacrificio.

Y, si bien se piensa, algo de esto tenía que suceder. No sería procedente que la religión instituida por Cristo, que tanto aventaja en perfección a la natural y a la judía, careciera del mejor acto cultural con que se rinde culto a Dios, que es el sacrificio. Es cierto que ya está el de la cruz; pero no es menos cierto que sería anormal que una sociedad religiosa perfecta y duradera hasta el final de los tiempos no tuviera a su disposición un sacrificio, acto el más perfecto de culto como acabamos de decir, con el que poder representar en cada momento de su larga vida en la tierra el irrepitible del calvario.

UN SACRIFICIO RELACIONADO CON EL DE LA CRUZ

Las relaciones entre el altar y la cruz son reales y verdaderas: el altar es memorial y recuerdo del calvario. Cuando el Señor lo instituyó en la cena, hizo alusión a lo que iba a suceder

¹⁶ JUAN, 6,58.

el día siguiente; se iba a entregar en manos de los malechores para que lo maltrataran y lo crucificaran. Por eso no es extraño que la repetición entre nosotros de lo que se hizo aquella noche traiga a la memoria lo que estaba en la mente del Señor cuando instituyó el misterio, y sea un recuerdo y un memorial de la pasión. Los dos relatos de la pasión de origen paulino, el de Pablo en la primera carta a los corintios y el de su discípulo Lucas, recuerdan esta relación de memorial que hay entre el sacrificio sacramental y el cruento de la cruz. "Haced esto *en memoria mía*"¹⁷. No sólo en memoria de su persona, sino también en memoria de lo que iba a suceder el día siguiente. Memoria de la persona, y memoria de la pasión. Así lo apostilla el Apóstol: "Cuantas veces lo hacéis, *anunciáis la muerte del Señor hasta que venga*"¹⁸.

Pero no es sólo un simple recuerdo o una simple memoria. El Concilio de Trento condena a quien afirme que es "sólo una conmemoración desnuda del sacrificio hecho en la cruz"¹⁹. Es necesario dar un paso más, porque nos hallamos ante una verdad que pertenece a la fe de la Iglesia y que el Concilio definió: que es un sacrificio "verdadero y propio". Definición que no quedaría a salvo afirmando que es sólo memoria y recuerdo. Por eso la explicación conciliar va más allá del memorial cuando anota que se trata de una *representación*²⁰. Y aun este término podría quedar corto, si no se entendiera bien, ante la realidad del misterio que exponemos. Porque representar puede ser *figurar*, y ser figura no excede mucho la razón de memorial y de recuerdo. Podría ser figura realizada con símbolos o con signos; con el pan y con el vino, por ejemplo. Podría perfeccionarse la figura encarnándola en personas que no fueran las auténticas que protagonizaron lo sucedido en el calvario, como sucede en las tablas cuando en nuestros pueblos se representa el drama de la pasión. En estos casos habría verdadera representación. Pero no es ésta la representación del sacrificio de la cruz que se hace en el altar. Si todo se redujera a esto, no podríamos afirmar en verdad que el nuestro fuera un sacrificio verdadero y propio.

Para salvar lo que en este caso enseña la fe, hay que ir más adelante y dar el término *re-presentar* el sentido de *hacerse El*

¹⁷ LUCAS, 22,19.

¹⁸ 1 Corintios, 11,26.

¹⁹ Sesión 22, canon 3. DENZ. 950.

²⁰ Id. cap. 1, DENZ, 938.

presente aquí otra vez. En la misa, Cristo se hace presente en su realidad auténtica: Dios y hombre verdadero. No sólo esto, porque ninguna de estas dos características responde formalmente a la función sacrificial que desempeña en este misterio. Ni hace ni es sacrificio por ser Dios. Ni hace ni es sacrificio por ser hombre. Hace sacrificio porque es sacerdote; y es sacrificio porque es víctima²¹. Este hombre Dios hizo sacrificio en la cruz porque ejerció allí la función *sacerdotal*. Y hace y es sacrificio en el altar porque en él actúa *como sacerdote* y en él se convierte el pan en su cuerpo hecho *hostia*. En el altar, por tanto, está la *representación* del Cristo del Calvario; no se hace presente sólo el mismo Cristo, sino Cristo *en función de sacerdote y en función de víctima*. Como en la cruz.

Existe, por tanto, una identidad sustancial y formal entre lo que hay en el altar y lo que hubo en la pasión. Como había identidad sustancial y formal entre lo que sucedía en la cena y lo que iba a suceder en el calvario. Identidad sustancial y formal resumida en la presencia real del Señor, revistiendo la doble característica de hostia y de liturgo.

Pero junto a esta identidad se advierten muchas diferencias y muchos detalles que distinguen los dos sacrificios. Porque lo que sucedió en el uno era cruento; y es incruento lo que sucede en el otro. La finalidad del uno fue hacer la redención; la del otro es aplicar la redención hecha. En uno actuaba Cristo en solitario; en otro lo hace un equipo en el que forman El, como cabeza, el ministro y el pueblo de Dios. En uno, la presencia de Cristo como víctima y como sacerdote es sustancial; en otro, está presente aquí como víctima, pero como sacerdote está presente por una acción que realiza a distancia, desde el cielo, como veremos más adelante.

Afirmada la realidad del sacrificio eucarístico y sus relaciones de identidad y diferenciación con el del calvario, llegamos a un punto extraordinariamente oscuro, muy discutible y muy discu-

²¹ El sacerdote, como sacrificador y oferente, y la víctima como sacrificada, llevan implicada en su contextura ontológica una inferioridad respecto al numen al que se sacrifica y ofrece. Por eso Dios, que a nadie es inferior, no puede ser sacerdote. Ni víctima tampoco, porque no puede ser sacrificado. El hombre sí, pero no por la simple razón de hombre. Para ejercer función sacerdotal necesita añadir a la razón de hombre la de *mediador*. Y para ello se precisa una investidura y designación, que en la religión natural, en la mosaica y en la cristiana ha tenido diversas maneras de realizarse. Es Dios quien elige (Hebreos, 5,1), pero tiene muchos modos de hacerlo.

tido: el modo de la sacrificación sacramental. Salvada la sustancia del misterio, que ya queda expuesta, y ante el hecho de que en la explicación del modo hay casi tantas maneras de pensar como autores, no tiene interés ninguno añadir un asentimiento más a una determinada opinión, ni exponer la opinión personal si ésta tiene algo de originalidad. Seguro que el tema seguiría con la misma oscuridad y siendo su explicación tan opinable como hasta ahora. En realidad, lo que interesa en este trabajo es el carácter *permanente* del sacrificio²².

SACRIFICIO PERMANENTE

La presencia permanente del Señor, conservando el carácter sacramental de manjar nuestro y el sacrificial de hostia para el Padre, es una de las verdades más consoladoras y más eficaces para el aprovechamiento espiritual de la vida cristiana. De esta presencia vamos a ocuparnos ahora.

Los Padres de Trento definieron lo que tradicionalmente profesaba y enseñaba ya la Iglesia: que el Señor se hace presente en virtud de las palabras de la consagración; y que esta presencia no se da sólo en el momento de usar el sacramento, sino también antes y después de usarlo²³. Lo que enseñan referente

²² El modo cómo en la eucaristía se realiza el sacrificio es un misterio. En el sacrificio están implicados la inmolación y el ofrecimiento. Y aquí empieza el misterio ya. ¿Hasta qué punto son esenciales las dos formalidades? ¿Qué relaciones de inmolación y ofrecimiento tienen entre sí el altar y la cruz? Y al referir la inmolación a lo que sucede en el altar, ¿en qué consiste? ¿Cómo se salva la inmolación sacramental, que parece afectar a los signos y no a la realidad del Señor, quien permanece impassible en la eucaristía, con la verdad dogmática de que es un sacrificio *verdadero y propio*? Esta inmolación sacramental corre peligro de ser presentada con fallos de exceso, por poner en peligro la impassibilidad actual del Señor; o con fallos de deficiencia, por bordear el peligro de convertir la sacrificación en simple signo, quedando, al parecer, en entredicho la veracidad y propiedad sacrificial. Estas cuestiones quedan aquí marginadas. Supuesta la realidad de fe de que la eucaristía es sacrificio verdadero y propio, interesa sólo en este trabajo poner de relieve su carácter de permanencia.

²³ La posición doctrinal de la teología de la reforma difiere mucho de la católica en este punto. El Concilio de Trento se hace eco de esta diferencia en el canon 4 de la sesión 13 y en el capítulo 3 de la misma sesión. En el canon 4 se define que "hecha la consagración, el cuerpo y la sangre no permanecen sólo al usarla, sino también antes y después". Este es uno de los puntos no coincidentes todavía entre católicos y anglicanos. Es cierto que se han dado grandes pasos de acercamiento en la doctrina sobre la eucaristía, pero el acercamiento no ha llegado

al uso sacramental es válido también para el uso sacrificial. No sólo está como manjar cuando se come; está también antes y después de usarlo²³. No sólo está como hostia de sacrificio cuando se ofrece; está también después de ofrecido, cuando se reserva.

Las palabras sacramentales son: "Tomad y comed, esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros." No dicen "que es manjar en el momento de comerlo y por comerlo". Ni que "es hostia en el momento de entregarlo al Padre y por entregarlo". Es las dos cosas, manjar y hostia, para estos fines de comer y ofrecer; es cuando los fines se llevan a cabo; pero sigue siendo en espera de volver a cumplimentarlos. Sigue siendo manjar y sigue siendo hostia. Sólo deja de ser las dos cosas cuando desaparecen los accidentes sacramentales, de los que su ser eucarístico depende. Son oportunas y acertadas estas palabras de Santo Tomás: "El cuerpo y la sangre de Cristo siguen en este sacramento a la sustancia del pan y del vino. Por lo que, si hay tal inmutación en los accidentes que no bastaría a la corrupción de estas sustancias, sea esta inmutación de la cualidad, como cuando se inmutan el color y el sabor; sea de la cantidad, como al dividirse el pan y el vino en partes en que puede salvarse la naturaleza de los mismos, no dejan de estar en el sacramento el cuerpo y la sangre. Pero si fuera tan grande la inmutación como para corromperse la sustancia, entonces no permanecen el cuerpo y la sangre de Cristo. Trátese de inmutación de cualidades, como el color, el sabor y demás del pan y del vino hasta el extremo de no ser compatibles con la naturaleza de éstos. O trátese de la cantidad, como si se pulverizan en tan diminutas particillas que no parezcan sus especies propias"²⁴.

Es cierto que la única vez que el Señor utilizó el misterio, la noche que lo instituyó y lo dio a los discípulos, estuvieron juntos la existencia y el uso. Cuando Cristo consagró en la cena se hizo presente en las especies del pan y del vino; y en el acto se dio a los doce como manjar y como bebida. Pero no se hizo presente porque lo comieran y sólo en el instante de comerlo. Comieron los doce, y estaba presente en el momento en que lo comía Pedro, si fue el primero en comulgar; y siguió presente

hasta aquí. Por ello se ha recibido con gozo y al mismo tiempo con reserva la *Declaración conjunta de Windsor*, del 7-IX-71, en cuyo n. 6 se dice: "Las palabras del Señor en la última cena: Tomad y comed, esto es mi cuerpo; no nos permiten disociar el don de la presencia y el acto de la comida sacramental."

²⁴ *Suma teológica*, III, 77, 4.

en espera de que comulgara Andrés, si éste fue el último que comulgó. Asimismo, cuando consagró se hizo presente como hostia y la ofreció; pero no se hizo presente por el hecho de ofrecerla. En aquella cena se consumó y se ofreció lo consagrado, compartiendo todos un banquete litúrgico. Pero, si llega a quedar algo en reserva, el Señor, en cuyo cuerpo sacrificado se habían convertido las sustancias del pan y del vino, hubiera permanecido presente.

Así lo creían las cristiandades apostólicas y siguieron creyéndolo las primitivas Iglesias perseguidas, que lo reservaban para llevarlo luego a los cristianos escondidos o enfermos. Y continuaban creyéndolo las comunidades de los siglos posteriores, creencia reflejada en las expresiones de respeto y en las manifestaciones de culto de que nos dejaron constancia los escritos contemporáneos, recogidos algunos de ellos por Pablo VI en la encíclica *Mysterium fidei*. Finalmente, esta fe en la permanencia inspiró y justificó la institución de la fiesta del Corpus Christi, dedicada al Señor sacramentado, permanente en la custodia y en el sagrario²⁵.

Hace ya varios años escribía a este propósito una página, que suscribo de nuevo en esta oportunidad: "Hay un principio en la teología y en la economía sacramentarias que se formula así: *Los sacramentos causan lo que significan*. El elemento *signo* queda constituido por la materia y la forma; por las cosas y las palabras. Pues bien, en seis sacramentos este elemento se reduce a una acción o a una cosa *en uso* acompañada de una determinada fórmula. El signo son las cosas, pero no en cuanto son sino en cuanto se usan. Fijémonos en el ejemplo del signo bautismal: el agua derramándose y la pronunciación de las palabras "yo te bautizo...".

Ahora bien, porque el signo de estos sacramentos es una acción, lo divino que contienen como elemento santificador es *una virtud*, ya que ésta es el principio inmediatamente operativo. Y no una virtud estática o *in actu primo*; sino activa y en ejercicio o *in actu secundo*. Se trata, por tanto, de un ser transitivo. Por eso el sacramento, que se compone de lo que es el signo y de lo que es el principio divino operativo encarnado en él, existe solamente cuando se usa. Sólo al usarlo está la virtud divina en el signo sensible; en el agua y las palabras, si se trata

²⁵ Encíclica *Mysterium fidei*. A.A.S. (1965) 769-71.

del bautismo. Terminado el uso, el sacramento se desvanece; lo que queda son ya sus efectos.

En la eucaristía, y precisamente por la aplicación del mismo principio, *los sacramentos causan lo que significan*, sucede algo distinto. En ella el signo no se refiere inmediatamente al uso actual, a una acción, a algo transitivo, sino a algo permanente y sustantivo. Las palabras dicen "esto es mi cuerpo". La materia es el pan, del que, aunque convertido en el cuerpo, permanecen como elemento sensible y sacramental los accidentes. Lo divino que hay encerrado en todo este complejo sensible no puede ser, por lo tanto, una cosa transitiva o una virtud operativa en ejercicio, sino una cosa sustantiva y permanente, el cuerpo del Señor. Y por ello, este sacramento no consiste en el uso, sino en la permanencia. Es algo que permanece, aunque permanezca para usarlo²⁶.

Santo Tomás resume todo este proceso en las palabras siguientes: "El sacramento se llama así porque contiene algo sagrado. Lo sagrado puede ser de dos clases, absoluto y relativo. La diferencia que hay entre la eucaristía y los otros sacramentos es que, mientras ella contiene algo sagrado absoluto, Cristo mismo, el agua del bautismo contiene algo sagrado relativo, la virtud de santificar. Y lo mismo sucede al crisma y a los demás. De aquí que la eucaristía se haga en la consagración de la materia y los otros sacramentos se hagan en su aplicación al hombre al que santifican"²⁷.

Es necesario sacar la conclusión de todo esto. La eucaristía es un sacramento permanente. Lo indican sus signos sacramentales. En ella no se encierra una virtud santificadora transitiva que desaparece una vez usada. En ella hay una realidad sustantiva duradera que, aunque destinada al uso, existe también cuando no se usa.

El Señor queda en el altar o en el sagrario en estado de hostia, en el que se ha convertido el pan por las palabras de la consagración. Y así quedará mientras no se corrompan las especies en las que se ha encerrado. Es, como en el cielo, una realidad permanente, aunque su presencia aquí dependa de las especies que lo contienen y de las que depende su ser sacramental. Este ser sacramental, aunque está destinado al uso, depende

²⁶ Esto escribíamos en *La Ciencia Tomista*, 1968, 178-79.

²⁷ *Suma teológica*, III, 73, 1, 3 m.

de ellas y no del uso. Vamos a hacer algunas reflexiones partiendo de este hecho.

Las cosas hacen, hablan y se expresan *cuando actúan*; y también cuando se limitan *a ser* y por la simple razón de ser. Sucede esto porque cada una esconde en su interior algo que trasciende a lo que superficialmente vemos en ellas. Diríase que tienen cuerpo y que tienen alma, y que el alma habla por el cuerpo. Por eso decía David que el firmamento pregona la gloria del Señor. Y los tres jóvenes de Babilonia invitaban a todas las criaturas a bendecir a Yavé. San Francisco oía los diálogos que las cosas inanimadas, las flores del campo y los animales del bosque tienen con su creador; diálogo tierno, íntimo y espiritual. Las estrellas del firmamento, los valles y los montes de la tierra, los mares y los ríos, los hielos y las nieves, están continuamente hablando de Dios y con Dios.

Si esto hacen las criaturas inanimadas y las que tienen una vida elemental, ¡cuánto más lo hará el ser y la naturaleza de quien está dotado de vida superior, consciente y libre! El ser humano, por sí solo, habla ya de Dios. Diríamos, utilizando un lenguaje injustamente desacreditado, que no lo hace sólo *in actu exercito*, cuando habla con palabras y manifiesta con hechos lo que lleva dentro, sino que lo hace también *in actu signato*, cuando se limita a ser, a tener inteligencia, voluntad y corazón. Todo esto son perfecciones en las que se refleja Dios y que dialogan con El.

Lo que acabamos de decir sucede con el ser natural de las cosas y de los hombres. Y sucederá con más razón con este ser que, mediante una acción consagrada, se ha hecho sagrado o sacrificado. Un ser sagrado y sacrificado está por motivos superiores en relación constante con el Señor. Si las cosas hablan de El y con El porque, como creador, refleja en ellas sus perfecciones, ¡cuánto más hablarán de El y con El las que especialmente le están dedicadas y consagradas!

Estamos tocando el punto clave del valor sacrificial de Cristo reservado en el sagrario. Lo tiene por el simple hecho de ser sacrificio o de estar en estado de sacrificado o consagrado. Pero en este caso se acrecienta el valor porque lo que es sacrificado no es una cosa muerta, como eran los animales que se sacrificaban en los altares, ni siquiera un hombre. Es el hombre-Dios, quien, además de ser, vive y actúa en humano y en divino cuando está sacramentado. Su diálogo sacrificial con el Padre, del

que hablaremos cuando hablemos de los valores del sacrificio, se manifestará desde el sagrario por y con su simple existencia de sacrificio; pero, además, por y con su vida sacrificial de hombre-Dios.

Vamos a glosar dos textos de los dos pasajes eucarísticos del evangelio, uno del sermón de la promesa y otro del relato de la institución.

En el sermón de la sinagoga de Cafarnaúm dijo el Señor, enmarcando sus palabras en un contexto eucarístico, que vivía por el Padre. "Así como me envió mi Padre vivo y yo vivo por mi Padre, quien me come a mí vivirá por mí." En la eucaristía está viviendo obsesionado por el Padre, como si el Padre fuera su razón de estar aquí. Con lo que es lícito concluir que una de las motivaciones de su presencia eucarística es glorificar al Padre; ser para El un sacrificio puro y agradable. El hecho de apelar en el texto referido a las procesiones y a los envíos trinitarios nos permite reflexionar sobre las tres permanencias del Verbo, *terminadas en el Padre las tres*. En la primera le vemos procediendo de El y *permaneciendo* en El. Es el misterio del Verbo o de la Palabra que procede del Padre; está cabe El y es como El; lo asegura San Juan en el prólogo de su Evangelio. En la segunda, le vemos, asimismo, procediendo de El y apareciendo en las entrañas de María, para pasar por el mundo y terminar permaneciendo de nuevo en el Padre, a quien se ofrece en sacrificio para darle gloria, a tenor de lo que asegura al comenzar la oración sacerdotal con la que prologa su entrada en la pasión; y a quien vuelve el día de la Ascensión para permanecer con El sentado a su derecha. En la tercera, asimismo, le vemos procediendo del Padre, estar en la Iglesia y seguir en ella viviendo por El. Es su permanencia en la eucaristía²⁸.

Esta misma permanencia sacrificial y de entrega a Dios se refleja en el relato de la institución que leemos en la primera carta a los corintios y en el evangelio de San Lucas. La última noche hubo una serie de entregas en cadena. Una la hizo Judas. A ella alude el Señor cuando le dice que haga pronto lo que

²⁸ Por este texto de San Juan se ve que en el misterio de la eucaristía tienen implicaciones el de la trinidad y el de la encarnación. A ellas aludía ya S. HILARIO DE POITIERS (*De Trinitate*, lib. 8. P. L. 10, 245-249). Entre los autores ya cercanos, cf. SCHEEBEN, *Los misterios del cristianismo*, cap. 6, parágrafos 69-70, y PIOLANTI, *Il mistero eucaristico*, passim.

intenta hacer. Otra la hace el propio Señor al entregarse voluntariamente a la muerte violenta. Y hay otra entrega, que no es a la muerte y que tiene dos destinatarios: uno, los discípulos, a quienes se entrega como manjar; otro, Dios, a quien se entrega con entrega de presente en remisión de los pecados de los hombres. Es la doble entrega eucarística, como sacramento o manjar y como hostia o sacrificio. En la eucaristía, esté en el altar, esté reservada en el sagrario o en la custodia, es las dos cosas, como era las dos en la mesa de la última cena.

LOS VALORES DE LA PERMANENCIA SACRIFICIAL

En el altar se hace y se ofrece el sacrificio cuando se consagran el pan y el vino. Y, terminada la celebración eucarística, permanece el Señor con su ser sacramentado, siendo manjar y hostia reservados.

La función sacrificial, transitiva al hacer el sacrificio, pero luego permanente en el reservado, podría ser sólo una función con referencias interpersonales entre el Hijo que la hace y el Padre a quien va destinada. El Hijo tenía motivos que le impulsaban a una acción latreútica y eucarística frente al Padre. Este es mayor que El, porque cuando actúa como sacerdote y como víctima lo hace como hombre; y como tal es menor que quien le envió y a quien se dirige en su actividad religiosa. De El, además, había recibido cuanto en su calidad de hombre poseía: la naturaleza humana, la gracia redentora, la misma dignidad sacerdotal. Tenía, pues, motivos para adorarle y para darle gracias; para rendirle culto de latría y de eucaristía.

Pero al ser mediador, su función sacerdotal adquiere una audiencia mucho mayor. Ya no se limita a ofrecer un culto de alabanza y gratitud para cumplir con un deber personal suyo. Ofrece sacrificio por aquellos de quienes ha sido hecho mediador, que somos todos los hombres. Y el sacrificio en este caso ya no es sólo de alabanza y de acción de gracias; es, además, de propiciación.

De las dos primeras valoraciones, latría y eucaristía, nunca se puede prescindir. En cualquier situación en que se encuentre una criatura deberá reconocer la superior dignidad y perfección de Dios; y por lo mismo deberá rendirle el tributo del honor, de la gloria y de la alabanza, que es darle culto de latría. Asimismo,

en cualquier coyuntura en que consideremos al hombre, de arriba habrá recibido lo que tiene; y siempre tendrá el deber de agradecerlo y de rendir al Señor el culto de gratitud o de eucaristía. Esto ha sido así en todos los estados en que ha vivido y vive la humanidad: en el de justicia original, en el de naturaleza caída, en el de naturaleza reparada, en el de la gloria.

Pero Cristo, nuestro mediador, al ofrecerse en sacrificio por nosotros, se encuentra en situaciones más complejas, que deben ser afrontadas. Y para ello debe añadir a su acción sacerdotal mediadora un valor más, el de reparación propiciatoria. El hombre caído debe a Dios reparación; y necesita tenerle propicio de nuevo. La situación en que se encuentra pone a Cristo, su mediador ante Dios, en la necesidad de compensar la ofensa y de rehacer la amistad perdida. Por eso, nuestro sacerdote, que sacrifica por nosotros, además de rendir honor y de dar gracias en nuestro nombre, restablece la armonía y la paz alcanzándonos la gracia divina con la que la paz y la armonía se restablecen. Y el Concilio de Trento, refiriéndose al sacrificio eucarístico, define que “no sólo es de alabanza y de acción de gracias, sino... también propiciatorio”.

A este valor de propiciación hay que añadir otro más, postulado por el hecho de ser nosotros criaturas peregrinas, sin llegar, por tanto, a la meta que les ha sido señalada. Tienen aún por delante un largo caminar y necesitan ayuda para poder cubrir debidamente las etapas que les faltan en esta peregrinación. El mediador sale al paso a esta necesidad con el valor impetratorio de su sacrificio.

Cristo, nuestro sacerdote y nuestra víctima, hace por nosotros todo esto cuando se ofrece en el altar y cuando sigue ofrecido y ofreciéndose mientras permanece en el sagrario. Allí rinde al Padre culto de latría y de eucaristía; de alabanza y de acción de gracias. Allí es nuestra propiciación y nuestra ayuda. San Pablo asegura en la carta a los hebreos que en el cielo está siempre dispuesto a presentarse como sacerdote ante Dios en nuestro favor. También lo hace en la eucaristía. Vamos a hacer algunas reflexiones sobre cada uno de estos valores permanentes del Señor sacramentado.

En primer lugar, Cristo, que está aquí viviendo por el Padre y entregado al Padre por nosotros, le está rindiendo un tributo de adoración o de latría. Dos cosas previas son necesarias a la adoración: la dignidad superior de la persona a la que se va

a adorar y el conocimiento de esta superioridad por parte de quien debe adorarla. No hay cuestión sobre la dignidad suprema de Dios. Y Cristo, nuestro mediador, la conoce perfectamente. Ha dicho que nadie conoce a Dios sino El y aquel a quien El lo quiera revelar. Y, conocido, lo ama hasta el extremo que su alimento es hacer la voluntad de quien le envió, según dijo a los apóstoles delante de la samaritana. Está, pues, en condiciones de honrarle y de adorarle en la medida en que es adorable. Porque es el mediador toma nuestra vez y le rinde este culto. Lo hizo ya en el sacrificio cruento del calvario, según confesó cuando, al dar los primeros pasos hacia el huerto de los olivos, inició su oración sacerdotal así: "Padre, glorifica a tu Hijo para que tu Hijo *te glorifique a Ti*." Lo que hizo en el sacrificio de la cruz lo hace también en el de la eucaristía, en el que, como expresamente declaró cuando dijo que la instituiría, iba a estar "viviendo por el Padre"; que el Padre sería motivo de su ocupación y de su preocupación eucarísticas. Donde se encuentre la eucaristía, en el altar, en el sagrario de las Iglesias, en los domicilios particulares, o expuesta a la adoración pública en la custodia, el Padre será su obsesión. La liturgia de la misa recoge particularmente esta dedicación latréutica del sacrificio cuando dice en las preces eucarísticas: "Por Cristo, con El y en El, a Ti, Dios Padre omnipotente, en unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria."

Le rinde también tributo de gratitud. Para agradecer es preciso conocer el don que se recibe. Cristo, mediador y sacerdote que se ofrece por nosotros, conoce perfectamente el don que se nos ha dado, y, por tanto, la medida de nuestro deber de gratitud. Sabe que el don es El mismo, porque nos dice en el Evangelio de San Juan que fue tan grande el amor que el Padre nos tuvo, que se decidió a enviarnos a su propio Hijo. Y tiene conciencia de su propia divinidad; de que desde el principio es la Palabra del Padre, de que está cabe el Padre y de que es Dios como el Padre. Conociendo, pues, la valía del don que se nos dio, puede rendir por nosotros el debido culto de eucaristía o de gratitud. Y esto se recuerda en el prólogo de las preces eucarísticas de la misa cuando el sacerdote invita a los fieles a "dar gracias al Señor nuestro Dios" porque es justo y necesario. Estas gracias se le rinden con el sacrificio que se va a hacer.

Y Cristo le rinde también en la eucaristía el tributo de compensación propiciatoria por los pecados. Conociendo como cono-

ce la infinita perfección del Padre, sabe mucho de la gravedad implicada en las ofensas que se le infieren, porque la ofensa es tanto mayor cuanto mayor es la dignidad de la persona ofendida. Al mismo tiempo sabe el mal que nos hacemos a nosotros mismos al pecar, porque con ello perdemos esa participación de la naturaleza divina que es la gracia, por la que nos llamamos hijos de Dios y lo somos, como recalca San Juan en la primera de sus cartas. Pues bien, en la eucaristía está entregándose al Padre en remisión de nuestros pecados. Así lo dijo la noche que la instituyó y lo recuerdan las palabras sacramentales que pronuncia el sacerdote.

Esta complejidad de valores, recordados en el canon 3 de la sesión 22 de Trento que más arriba hemos transcrito, alabanza, gratitud, compensación por los pecados, está incluida toda ella en la función sacrificial que se hace en el altar y en la existencia sacrificial del Señor en el sagrario, donde Cristo está viviendo por el Padre en nuestro favor. Para alabarle por nosotros, para agradecerle por nosotros, y para hacerle propicio con nosotros.

LA INTERVENCIÓN SACERDOTAL DE CRISTO EN EL SACRIFICIO

Falta un punto por determinar. En la eucaristía, Cristo es a la vez sacerdote que ofrece y víctima que es ofrecida. Su presencia como hostia es bien conocida. Es una presencia personal, sustantiva e inmediata. ¿Qué presencia tiene aquí como sacerdote? ¿Qué intervención sacerdotal tiene cuando, a través de la actuación del ministro, se convierte a sí mismo en víctima? Una intervención múltiple, que vamos a especificar.

En primer lugar, una intervención y una presencia lejana en el espacio y en el tiempo, que tiene varias manifestaciones. Esta intervención, aunque lejana, tiene vigencia presente. Cristo sacerdote está aquí porque hace dos mil años fundó esta institución en el cenáculo de Jerusalén y el fundador está presente en lo que funda. Está aquí también porque hace dos mil años nos mandó que repitiéramos lo que El hacía en la cena, y el mandante está presente en el mandatario. Y está aquí porque hace unos años, los que van desde el día que se ordenó el sacerdote ministro, dio a éste el poder con el que hace ahora el sacrificio, y

el poderdante está en el apoderado. Estas presencias sacerdotales de Cristo en el altar son mucho, pero no son todo.

Hay otra presencia más inmediatamente personal, que se realiza con un acto de presente. San Pablo dice en la carta a los hebreos que en el cielo está el Señor siempre dispuesto a interpelar al Padre por nosotros. Habla en Apóstol de una interpelación sacerdotal, y para él lo inherente y propio del sacerdote es el sacrificio²⁹, lo que hace pensar que su interpelación sacerdotal será una actuación sacrificial.

Y para explicar esta acción que ejerce el Señor desde el cielo en los altares partiremos de unas palabras de Pablo VI en las que el Papa afirma una robusta doctrina de teología sacramentaria. Los sacramentos, dice, son acciones de Cristo³⁰. No son sólo *operata* o simples instituciones. Son también *ópera*, verdaderas acciones. Hay en ellos un valor profundamente personal, como el de las acciones; y no mágico, como el de las cosas.

Santo Tomás, que huye de ese cosismo del que quienes no conocen la auténtica doctrina de la Escuela acusan a nuestra teología sacramentaria, y hace depender la eficacia de los sacramentos, entre otros factores, de un acto personal de Cristo, explica esta intervención apelando a la subordinación *in operando* de las causas. Se trata de la serie de causas que operan subordinadamente en cadena de suerte que para que la última sea eficiente es necesaria la actividad actual de las intermedias y de la primera. El ejemplo que aduce es vulgar y expresivo. Para que el bastón se mueva y golpee a la piedra es necesario que el brazo le dé impulso y que al brazo lo mueva la voluntad de la persona. Nada hará el bastón, última causa, si falla cualquiera de las dos anteriores. El bastón, instrumento separado, en la actividad del hombre, son en este caso los sacramentos, instrumentos separados de Cristo. El brazo, instrumento unido al hombre, es en este caso la humanidad asumida por el Verbo, al que está unida personalmente. La voluntad, causa primera en el ejemplo, es el mismo Verbo, causa primera de la gracia y de la ac-

²⁹ Toda la carta a los hebreos tiene un contenido sacerdotal. Pero en el cap. 7 hace el autor una exposición de las características del sacerdocio del Señor simbolizado en el del Melquisedech. Una de ellas es la de su permanencia eterna. Y una aplicación de esta permanencia es la interpelación *sacerdotal* que ejerce desde el cielo ante Dios en nuestro favor. Pero ya nos había dicho que lo específicamente *sacerdotal* es el *sacrificio* (cap. 5,1).

³⁰ "Nadie ignora, por otra parte, que los sacramentos son acciones de Cristo" (*Mysterium fidei*, A.A.S. (1965), 763.

tividad sacramental. Cuando el sacramento se hace, actúan los tres. Se pone en ejercicio el Verbo; éste mueve a su instrumento unido, al que en el ejemplo hemos llamado brazo, que es la humanidad asumida; y ésta, al instrumento separado, al bastón, al sacramento. Cuando hay sacramento verdadero, están las tres causas en actividad ³¹.

Es oportuno recordar ahora que sacramento y sacrificio se hacen con un mismo acto. Con una y única consagración se convierten el pan y el vino en manjar y en hostia. Si para que haya sacramento es necesario apelar a una actuación actualmente personal de Cristo, tendremos que concluir que para que haya sacrificio se hará presente con la misma intervención. En el altar, pues, está el Señor presente como sacerdote con la presencia de un acto personal que realiza desde el cielo ³².

No hay inconveniente mayor para esta intervención actual y presente, aunque se haga desde lejos. En los tiempos en que pulsando un botón desde el Vaticano se ilumina una imagen del Señor en Río de Janeiro, o en que hablando y moviéndose en la luna vemos y oímos a los astronautas en nuestras habitaciones, no es para sorprenderse porque, actuando Cristo en el cielo, esta acción suya personal surta efecto en el altar. A este *contactus virtutis* sin presencia personal de Cristo hombre resucitado apelaba ya Santo Tomás, que no conocía las técnicas espaciales de Huston, cuando explicaba la intervención que tendrá el cuerpo resucitado del Señor en la resurrección de nuestros cuerpos ³³.

SACRIFICIO PERMANENTE ECLESIAL

San Pablo escribe unas palabras a los fieles de Corinto que dan pie para ampliar lo que venimos diciendo sobre el sacrificio permanente. Resulta que quien se coloca en el altar y en el sagrario en estado de sacrificio es toda la Iglesia. Convendrá que recordemos antes de nada lo que ya dijimos más arriba, que, a

³¹ *Suma teológica*, III, 62, 5.

³² Con estas palabras no aludimos al tema interesante del *sacrificio celeste*. Este trabajo se limita al sacrificio eucarístico *que se ofrece en la tierra*. Y decimos que en este sacrificio hay una intervención de Cristo sacerdote realizada desde el cielo, sin prejuzgar con ello la sugestiva explicación del P. De la Taille, a la que no hacemos ninguna referencia.

³³ *Suma teológica*, III, 56, 1, 3 m.

diferencia de lo que sucedió en la cruz, donde intervino Cristo solo, en el altar intervienen El, el ministro y la "plebs sancta". Las palabras de San Pablo, que queremos recordar y glosar son del capítulo quince de la primera carta a los corintios: "El segundo Adán, resucitado, es para nosotros espíritu vivificante." El resucitado está en el altar, y en el altar es para los hombres espíritu vivificador. A su tiempo les dará la nueva vida biológica y los resucitará; pero no es esto lo que ahora queremos subrayar. Aquí da el Señor resucitado a los hombres, como manjar litúrgico o sacrificial, la vida divina de la gracia.

Este detalle es de suma importancia, porque resulta que, como los sacramentos, también el sacrificio litúrgico tiene razón de signo. Y esto tiene muchas y graves exigencias. Los signos no se deben despojar de su significado. Hacerlo así sería desnaturalizarlos. Hay signos cuya realidad objetiva vale muy poco; serán, por ejemplo, una bandera vieja y rota. Y hay signos cuyo valor es muy grande; será una bandera de tela fina y recamada de oro. Los dos tienen algo detrás de sí, de lo que no se les debe despojar. Algo de esto sucede con el sacrificio litúrgico. Los sacrificios del Antiguo Testamento eran un signo con valor objetivo pobre; unos animales que se sacrificaban en el altar. El valor objetivo del sacrificio litúrgico del Nuevo Testamento es infinito; el Hijo de Dios encarnado. Yavé pedía a quienes ofrecían el sacrificio de la ley antigua que urgieran la posición de lo que hay detrás del signo, que sacrificaran su voluntad, que prestaran obediencia, que se hicieran sagrados ellos mismos³⁴. Esta urgencia sigue en el sacrificio de valor infinito de la nueva alianza. Los que lo hacemos y lo ofrecemos hemos de poner el significado también detrás del signo.

Lo que se significa es nuestro propio sacrificio, al que hay que llegar y el que hay que realizar; el sacrificio de todos los que intervienen. El Señor lo hace, pero tenemos que hacerlo también los ministros y el pueblo de Dios, la Iglesia entera, porque toda ella interviene activamente en este sacrificio, que es eclesial, o de todo el cuerpo místico. Toda la Iglesia ha de ofrecer en el altar un sacrificio en el que se sacrifica ella misma, y así sacrificada se ofrece como hostia agradable al Padre. La Iglesia, al sacrificarse, ha de hacer desaparecer de ella cuanto tiene de malo, porque esto quiere decir sacrificar: matar. Y al sacrificar-

³⁴ 1 de Samuel, 15,22; Oseas, 6,6.

se ha de hacer sagrado todo lo bueno que posee, porque esto quiere decir también sacrificar: consagrar, divinizar.

La comunión, con la que se trasvasa al comulgante la vida del Señor resucitado, matará en quien comulga, si lo hace debidamente, todo lo malo que tiene, porque es incompatible con la vida divina que comunica. Y elevará lo bueno natural haciéndolo sagrado. De donde resulta que con la comunión se complementa el sacrificio litúrgico, porque con ella se han sacrificado o hecho sagrados el ministro y los fieles. Así explica Santo Tomás la razón de por qué el sacerdote debe comulgar en la misa que dice; y su explicación es válida para los fieles que participan activamente en la misa³⁵.

Como toda la Iglesia es actora en el sacrificio litúrgico, y en este sacrificio, que es signo, se significa y debe hacerse también el sacrificio de los actores que intervienen, resulta que en el sagrario, donde se reserva la totalidad del sacrificio hecho en el altar, está reservada toda la Iglesia, hecha ella también sacrificio, o habiendo manifestado ella que también se hacía sacrificio. Y hace falta ser leal a lo que se manifiesta. Así, pues, el *juge sacrificium*, el sacrificio permanente que hay en nuestros altares y en nuestros sagrarios, es el de todo el cuerpo místico del Señor. De El, al frente; luego, del ministro y de todo el pueblo santo. Y, al ser todos sacrificio, todos están allí alabando, dando gracias, compensando propiciatoriamente al Padre e impetrando de El cuanto necesitan. Cristo y toda la Iglesia están aquí "viviendo por el Padre" como dijo de sí mismo en el sermón de Cafarnaúm.

Instituto Pontificio de Teología. Torrente (Valencia).

EMILIO SAURAS, O.P.

³⁵ *Suma teológica*, III, 84,4.